

misible, imperdonable en este género de escritos, te digo, que me hubieras puesto tamañito con esa decision canónica; porque al fin, aunque pecador y miserable, soy timorato y un tantico escrupuloso, sino tuviera el testimonio de mi buena conciencia. En cuanto á lo primero, yo no sé para aquí y para delante de Dios; ¿qué impedimento dirimente podia haber en el pobre Fray Gerundio, para que no pudiese tener en su celda el método del Barbadiño ni más ni ménos como podia tener las coplas de Calainos, el Romance de los Siete Infantes de Lara, y la historia de los Doce Pares? Si porque es libro de contrabando, ántes por lo mismo debia de parar en él más que en otro, pues ya se sabe, que los contrabandos se guardan donde ménos se sospecha. Si por ser culto y exquisito, ciertamente, que las cartas del metodista no son ni tan cultas como las del célebre monsieur de Peiresc, ni tan exquisitas como las del cardenal Antonio Perrenot, por otro nombre el cardenal Granvela, ni tan misteriosas y tan apetecidas como las de Antonio Perez; y con todo eso sé yo, que muchas de las primeras pararon primero en las mochilas, y después en los fusiles de algunos soldados salteadores, que juzgando ser otra cosa, se las hurtaron á un caballero de Leiden; gran porcion de las segundas fué redimida del cautiverio de las boticas y de las especierías; y el tomo de las terceras se rescató de una taberna de la Maragateria, donde servia de cobertera á un pichel. Sino sabes que es *pichel*, pregúntaselo á cualquiera maragato, que yo no quiero decírtelo, porque no sepas tanto como yo. Así, que no solamente es verdad que *donde menos se*

piensa salta la liebre, sino que tambien falta el libro, donde menos se imagina.

27. Pero al fin, permitámoste de gracia, que tenga alguna pequeña inverosimilitud el lance; es posible, que has de ser tan inexorable conmigo, al mismo tiempo que callas y te muestras tan condescendiente con otros? Parécete más verosímil, que Segismundo en la comedia del *Alcazar del Secreto*, por el grande Don Antonio de Solís, se arrojase al mar en las costas de Epiro, y llegase á las de Chipre, embarcado ó sostenido solo de su escudo, sino que este fuese de corcho y Segismundo de papel? ¿parécete más verosímiles los oráculos, que á cada paso interrumpen á nuestros representantes, adivinando lo que ellos iban á decir para que el suceso parezca misterioso? ¿parécete más verosímiles aquellas voces, que salen de la música tan á tiempo, que se adelantan á decir cantado aquello mismo que el cómico iba á pronunciar representado? ¿parécete más verosímiles aquellos versos, pensamientos y conceptos, en que prorumpen dos representantes, que á un mismo tiempo salen por diferentes puertas, y sin verse ni oirse, lo mismísimo que dice el uno, dice el otro, sin más diferencia, que la material de las voces? En fin, si quieres una carga de estas inverosimilitudes, no tienes más que acudir á la insigne *Poética* de D. Ignacio de Luzán, y allí encontrarás tantas, que no podrás con ellas.

28. Y no te parezca por Dios, que solos nuestros españoles son reos de esa verosimilitud en sus composiciones cómicas y no cómicas. Ahí tienes entre los franceses á Molière, á Racine, y todavía, como

dicen, chorreando tinta, á monsieur de Boisy en su celebrada comedia, *Les dehors trompeurs, ou l'homme du jour*; no tienes más que leer esta, y casi todas las de los otros dos; y encontrarás á cada paso tantos lances inverosímiles, que te hagas cruces, pareciéndote, y con razon, que muchos de aquellos sucesos solamente pudieron acontecer por arte de encantamiento. Y porque no me digas que el primero lo conoció así, pero que de propósito no lo quiso enmendar, burlándose con mucha sal de las escrupulosas reglas á que se quiere estrechar la composicion cómica, y sentando por principio universal que la suprema y aún la única regla de todas era el arte de agradar al público, te presentaré, si me aprietas demasiado, al mismo mismísimo Cornelio, al soberano Cornelio, reconocido generalmente de todos, franceses y no franceses, por el grande reformador del teatro, y por el génio más elevado de su siglo y de otros muchos, para pulir hasta la última perfeccion cualquiera pieza dramática. No obstante, ya sabrás (y sino sábelo ahora,) que contra este Corifeo de la tragedia llovieron tantos escritos de sus mismos nacionales, ya fuese por emulacion, ó ya por otro motivo, que le hubieran sofocado si el mérito no fuese como el aceite, que al cabo nada sobre todo. Y aunque él se purgó plenamente de los otros defectillos que le suponian ó le exageraban sus émulos y acusadores, en el capítulo de la inverosimilitud, que oponian á muchos pasos de sus tragedias, agachó un si es no es la cabeza, y solo recurrió á los ejemplares de Séneca, Terencio, Plauto y otros padres maestros del teatro antiguo, que alguna vez

se descuidaron en esto; y con cuatro gotas de agua lustral exorcizada por algun sacerdote de Apolo, segun el rito poético, se juzgaban purificados de esta venialidad. Por tanto, lector mio (mira el cariño, y la cortesía con que te hablo), suplicote con el sombrero en la mano, que no quieras mostrarte tan severo conmigo sobre estas menudencias, melindres y delicadezas.

29. Otra cosa será si tú me pones un poco sério, ceñudo, y entonado sobre el asunto sustancial de la obra. Confieso, que solo con imaginarse en esa figura de Minos y Radamanto, estoy ya tamaño; porque una cosa es que yo sea algo desembarazado de génio, y otra que no sea hombre pusilánime y meticuloso; ¿qué sé yo si, mirándome con semblante torbo, feroz y truculento, y jurándomelas por la Laguna Estigia, te dispones á reñir, á reprender, á detestar, á anatematizar mi atrevimiento, hablándome en esta ponderosa, y gravisonante substancia?

30. Bien está, mal clérigo, clérigo insensato, atrevido y nada considerado. Supongamos que el púlpito esté en España, y tambien en otras partes tan extragado y tan corrompido, como dá á entender esta maldita obra, perniciosa, detestable, abominable. Supongamos que en nuestra nacion, y tambien en otras, hay muchos predicadores Gerundios, indignos de ejercitar tan sagrado ministerio. Demos caso, que esta corrupcion, esta epidemia, esta peste (llámala así si te pareciere) pidiese el más pronto, el más ejecutivo remedio. Díme, infeliz, ¿podia ofrecerse asunto más sério ni más grave, para que le tratase una pluma docta, magestuosa, enérgica y vehemente? ¿Habia

materia más digna de manejarse con la mayor gravedad, con el mayor nervio, con un torrente arrebatado de razones y de autoridades, y con otro torrente de lágrimas, no ménos rápido y copioso en el celoso escritor? ¿Y una materia como esta, era para tratarla como la tratas tú, sacerdote indigno; ¿Hay en el mundo licencia ni autoridad para juntar las cosas más serias con las más burlescas, las más graves con las más bufonas, las más importantes con las más chocarreras? No la hay, no la hay, te elama un gentil juicioso, para llenarte de confusion y de vergüenza, si fueras capaz de tenerla. Es cosa ridícula, es cosa risible; y yo añado, que en la materia presente es cosa execrable, que casi casi se roza con sacrilega, juntar chufletas y chocarrerías con atrocidades, serpientes con palomas, y tigres con corderos. Es vulgar el texto, mas no por eso es ménos verdadero:

*Sed non ut placidis coëant immitia, non ut
Serpentes avibus gementur, tigribus agni.*

31. ¡Roma ardiendo y Neron cantando! No pudo llegar á más la fiereza de aquel mónstruo, aborto de la naturaleza humana. Tú le imitas, pues te pones á cantar cuando arde Troya, y supones que se abraza tu nacion; bello modo de atajar el fuego; echar mano de la flauta, y ponerte á tocar una gaita gallega!

32. Desde que se predicó en el mundo el Evangelio, hubo predicadores que abusaron de este oficio, y desde que hubo malos predicadores, hubo hombres celosos que declamaron contra ellos, pero, ¡con qué seriedad, con qué peso, con qué vehemencia! Este

era un lugar muy oportuno para ir discurrendo de siglo en siglo hasta el nuestro por todos los padres, doctores y autores de la Santa Iglesia, que levantaron el grito, y manejaron la pluma contra los que en su tiempo corrompian la palabra de Dios y profanaban el Evangelio. Habiendo sido este indisputablemente el verdadero origen de todos los errores, herejías y cismas, que han afligido en todas las edades á nuestra Santísima Madre, manchándola, ajándola, y despedazándola su túnica inconsútil, como expresamente lo dice y lo llora San Agustín en el 2.º libro de la *Doctrina Cristiana: Corruptio verbi Dei, viscera Ecclesie disrumpit, et tunicam dilacerat*, discurre tú cuánto habrán declamado los padres, los doctores, y los concilios contra estos corruptores y profanadores de la Sagrada Escritura, en la misma cátedra de la verdad, trono especial del Espíritu Santo, que solo debe presidir, inspirar, encender, mover y hacer hablar en él. Fácil cosa me seria ponerte á la vista un largo catálogo de las vehementes invectivas que se han hecho contra esta profanísima profanidad en todos los siglos de la Iglesia, comenzando por el Apóstol San Pablo, y acabando en los autores más famosos del siglo pasado, y del presente; pero ¿cuánto crecería éste tu prólogo, cuánto te detendría en esta conversacion? Ni tú con la pluma, ni tus simples lectores con su necia curiosidad llegarías en un año á tu perniciosa historia.

33. Conténtome, pues, solo con apuntártelo, y con preguntarte; ¿si tienes noticia de que alguno de los santos padres, doctores y escritores sagrados hayan seguido el diabólico rumbo que tú sigues, para corre-

gir á los malos predicadores; si has encontrado con alguno, que se vistiese el boton gordo, con la caperuza y saco de bobo, y el látigo de vejigas en la mano, que es el uniforme de los satíricos, para desterrar del mundo esta epidemia? Razones, textos, decisiones cánones conciliares, constituciones apostólicas, edictos de santísimos y celosísimos prelados, censuras fulminadas, ayes, lamentaciones, lágrimas, súplicas, exclamaciones, amenazas, eso sí: de esto hallarás mucho, muchísimo, infinito, y todo muy escogido en innumerables escritores, que ya de propósito, ya por incidencia tratan este gravísimo punto; pero chufletas, pero bufonadas, pero chocarrerías; ¿dónde, dónde las has visto empleadas en esta materia, párroco atrevido y mal aconsejado? Voy, voy á dar contigo en todos los tribunales de la tierra, para que te castiguen, para que te confundan, para que te aniquilen, y para que hagan en tí un ejemplar, que sirva de escarmiento á los siglos venideros.

34. *Mansuescat te Deus Pater, mansuescat te Deus Filius, et reliqua.* De muy mal humor te levantaste esta mañana, severísimo lector de mi alma, y no tengo yo la culpa de que hubieses pasado mala noche, por las indigestiones y crudezas de la cena. Yo cené poco, lo digerí presto, dormí bien, y estoy como una lechuga. Por tanto, óyeme serenamente si gustares, y sino tapa los ojos, que son las orejas por dónde se oye á los autores.

35. Todo cuanto dices es así, y no hubieras perdido nada por habérmelo dicho con mayor templanza y con un poco más de urbanidad, siquiera por esta coronaza, que me abre de cuando en cuando mi barbe-

ro, molde de vaciar Sanchos Panzas; ¡si tú le vieras; oh, si tú le vieras! Basta decirte, que sus navajas no rapan tanto como sus dedos aferrados en piel de lija, y por yemas cabezas de cardo silvestre, aunque por otra parte no hay hombre más bueno en todo Campos. Pero esta digresion no viene al caso, y sino sirve para cortarte la cólera, por lo demás es un grande despropósito. Volvamos, pues, á nuestro asunto. Digo, pues, que tienes muchísima razon, que todos los que han tratado el asunto que yo trato, ó ya adredeamente, ó ya porque les salió al camino, le trataron con la mayor gravedad, peso, circunspeccion, vehemencia y seriedad. Solo un tal Erasmo de Rotterdam, cuyo nombre huele mejor á los humanistas que á los teólogos, en un libro latino, que intituló el *Elogio de la Locura*, dijo mil gracias contra los malos predicadores de su tiempo; pero como su idea principal era hacer ridículas con esta ocasion á las sagradas Religiones, que entónces florecian, burlándose, ya de sus trages, ya de sus ceremonias, ya de sus usos, ya de sus costumbres, confundiendo inícuamente y perversamente el todo con la parte, el uso con el abuso, y la vida ejemplar de millares de individuos con la ménos ajustada de un puñado de defectuosos; el tal *Elogio de la Locura* corrió poca fortuna, y solo la tuvo y aún la tiene el día de hoy, con los que por interesados merecen ser comprendidos en el referido elogio. Fuera de este señor Desiderio Erasmo (que era su verdadero nombre y apellido), monaguillo, monje, ex-monje, clérigo secular, rector, consejero, todo y nada; fuera de este perillan y otro autor modernísimo, venerado y muy circunstanciado, todos los demás trataron el pun-

to, que yo trato, con toda la gravedad que V. pondera, y aún no la pondera mucho, señor lector y circunspectísimo dueño mio.

36. Pero, y bien; ¿qué fruto sacaron todos esos gravísimos autores de sus truenos, relámpagos y rayos? atemorizaron á los malos predicadores? ¿obligáronlos á abandonar el campo y á retirarse á sus celdas, aposentos, cuartos ó casas, á lo ménos miéntras pasaba la tempestad, para estar á cubierto de ella? ¿corrigiéronse los insufribles desórdenes del púlpito en España, Portugal, Francia, Italia, Alemania y todo el mundo? Si eso fuera así, no hubieran llovido escritos contra esta lamentable corrupcion en estos dos últimos siglos. Ni Claudio Acuña y Juan Paulo Oliva, generales ambos de la compañía, hubieran arrancado ayes tan profundos de lo más íntimo de su corazón, lastimándose de ella, aquél en una gravísima instruccion, y éste en una sentidísima y discretísima carta. Ni el elegante Nicolás Causino hubiera gastado tanto calor intelectual, oratorio y crítico, en su vastísima obra de la *Elocuencia Sagrada*. Ni Don Cristóbal Soteri, abad de Santa Cruz, en los Estados de Venecia (sino estoy equivocado), hubiera dado á luz aquel librito de oro: *Rudimenta Oratoris Christiani*, que á instancias suyas y para su particular instruccion escribió cierto religioso docto, grave y erudito. Ni Antonio de Vieyra en su famoso sermón de la Sexagésima, sobre el Evangelio de *exūt qui seminat seminare semen suum*, hubiera declarado con tanto ardor contra muchos predicadores, que en su tiempo infestaban las almas y los oídos. Ni el célebre señor Arzobispo de Cambray, Francisco de Salignac de la

Mota Fenelon se hubiera fatigado en componer sus admirables *diálogos sobre la Elocuencia en general*, y *sobre la Elocuencia del púlpito en particular*, en los cuáles, no solo no perdona lo que todo hombre de mediano entendimiento califica de disparates y despropósitos, sino que critica sin piedad algunos sermones, que á primera vista parecerian á muchos modelos de ingenio, de juicio y de elocuencia. Ni el P. Blas Gisbert hubiera dado á luz su estimado libro: *Elocuencia Cristiana en la especulativa y en la práctica*, que corre con tanta aceptación en las naciones, y en el cual descarga mortales golpes sobre todas las especies de malos predicadores. Y nota para tu consuelo y para el nuestro, que todos los autores que he citado, á excepcion de uno, son extranjeros: todos declaman contra la corrupcion del púlpito en sus respectivos pueblos, no en los extraños. De dónde inferirás, que ese pernicioso mal no es privativo de los españoles y de los portugueses, como quieren muchos, la mitad por ignorancia, y la otra mitad por emulacion.

37. Y después de todos estos escritos enérgicos, convincentes, graves, sérios y magestuosos; ¿qué hemos sacado en limpio? Nada ó casi nada: los pseudo-predicadores *vont leur train*, como dicen nuestros vecinos, ó prosiguen su camino, como debemos decir nosotros; el mal cunde, la peste se dilata, y el estrago es cada dia mayor. Pues ahora dime, lector avinagrado (que ya me canso de tratarte con tanta urbanidad), si la experiencia de todos los siglos ha acreditado, que no alcanzan estos remedios narcóticos, emolientes y dulcificantes; ¿no pide la razon y la

caridad, que tentemos á ver como prueban los acres y los corrosivos? Quieres introducir en la medicina intelectual, para curar las dolencias del espíritu (y tal dolencia como la que tenemos entre manos) aquel bárbaro aforismo, á quién con tanta razon trata de *Aforismo exterminador* el más famoso de nuestros modernos criticos: *Omnia secundum rationem facienti, si non succedat secundum rationem, non est transeundum ad aliud, suppetente quod ab initio probaveris?* El médico que cura fundado en razon, aunque el suceso no corresponda; y aunque le sea contraria la experiencia, prosiga adelante, no mude de remedios, y si se le murieren los enfermos, que los entierren, et *Fidelium animæ per misericordiam Dei, requiescant in pace*; ¿parécete justo, que en una materia de tanta importancia me acomode yo con tan bárbara doctrina? Vete á pasear, que no te puedo servir.

38. Antes quiero probar fortuna, y ver si soy en este asunto tan feliz como lo han sido muchos autores honrados en otros diferentes, persuadidos á la verdadera máxima de Horacio, de que

Ridiculum acers

Fortius plerumque, et melius magnas secat res.

Esto es, que muchas veces, ó las más, ha sido más poderoso para corregir las costumbres el medio festivo y chufletero de hacerlas ridículas, que el entonado y grave de convencer las disonantes: echaron por este camino, y lograron su intento con felicidad, y por lo mismo dice un sabio académico de Paris, hizo Molière más fruto en Francia con sus *Preciosas ridiculas*, con su *Tartufa*, con su *Paysano Caballe-*

ro, con su *Escuela de los maridos y de las mujeres*, y con su *Enfermo imaginario*, que cuantos libros se escribieron, y cuantas declamaciones se gritaron contra los vicios, ya morales, ya intelectuales, y ya políticos, que se satirizaban en estas graciosas comedias. Todas las tropas unidas de los mayores y de los mejores filósofos modernos, contra los ingeniosos y específicos sueños de Renato Descartes, no le hicieron perder tanto terreno, como el graciosísimo, discretísimo é ingeniosísimo *Viage al mundo de Descartes*, escrito en francés por el P. Gabriel Daniel, y harto bien traducido en castellano; ¿qué nos cansamos? Hasta que Miguel de Cervantes salió con su incomparable *Historia de D. Quijote de la Mancha*, no se desterró de España el extravagante gusto á historias y aventuras romanescas, que embaucaban inutilísimamente á innumerables lectores, quitándoles el tiempo y el gusto para leer otros libros, que los instruyesen, por más que las mejores plumas habian gritado contra esta rústica y grosera inclinacion, hasta enronquecerse; pues ¿por qué no podré esperar yo, que sea tan dichosa la *Historia de Fray Gerundio de Campazos*, como o fué la de Don *Quijote de la Mancha*, y más siendo la materia de orden tan superior y los inconvenientes que se pretenden desterrar de tanto mayor bulto, gravedad y peso?

39. Y ves aquí, lector mio (ahora vuelvo á acariciarte y á pasarte la mano por el cerro), que con esto queda servido el autor duende de cierto recientísimo papel, que anda por ahí de tapadillo, á título de que se imprimió *in partibus*, y es su gracia: *La sabiduría y la locura en el púlpito de las Monjas*. Hácia el

fin del prólogo (que casi es tan pesado como éste) refiere el autor como de oídas, que *un obispo de Francia, viendo inutilizadas las prohibiciones de cincuenta ó sesenta predicadores, que deshonraban en el púlpito el ministerio de la Palabra de Dios, creyó que debía probar si sería más útil ridiculizarlos, que emplear la autoridad severa. Compuso, dicen, un sermón lleno de conceptos, del que nuestros predicadores del número se holgarian ser los autores. El texto que puso fué: Sicut unguentum quod descendit à capite in barbam, barbam Aaron. Luego que pareció este sermón, al día siguiente, no tenía el librero un ejemplar. Más de cuarenta reimpresiones que se han hecho de él, han tenido el mismo despacho. Pero lo mejor que tiene es, que ha desterrado del púlpito los conceptos; y si por descuido á algun orador se le desliza alguno, basta para que le digan, que ha predicado en el gusto de sicut unguentum..... Este medio me parece el más eficaz y el más pronto.*

40. Tiene V. Reverendísima muchísima razón, reverendo padre mio. (Hablo con el autor de este papel, á quién conozco como á los dedos de las manos, y sé muy bien que tiene tanto de español, como yo de francés, por más que quiera honrarnos con hacerse nuestro nacional, honor que le estimamos sin envidiarle demasiado). Digo que V. Reverendísima tiene en esto tanta razón, como en el religioso celo con que tomó la pluma para corregirnos, no ménos en los dos disparatadísimos sermones de autores españoles, que coteja con otros dos, verdaderamente sólidos y buenos, de un célebre autor francés, que en la primera parte de su Prólogo; pues

aunque esté tomada de lugares comunes, y se componga de reflexiones trivialísimas, al fin ellas son muy verdaderas, y nada pierden por manoseadas.

41. Así la tuviera V. Reverendísima en la poquísima merced que nos hace á todos los españoles en general, y en lo mucho que ofende en particular al respetable gremio de los predicadores del rey, singularizando entre ellos á los *predicadores del número*. Es un gusto ver como desde la pág. xxvi comienza V. R. á esgrimir tajos y reveses contra todos nuestros predicadores, á diestro y á siniestro, en monton, indefinidamente, y caiga quien cayere. *Há un siglo (dice V. R.) que nos faltan los predicadores. En vez de predicadores tenemos rábulas, charlatanes, papagayos, delirantes, vocingleros.* Esto sí que es ser hombre denodado; acometer valerosamente al *Todo*, y no andarse ahora en escaramuzas con partidas y destacamentos. La pequeña guerra es buena para generales raposas, tretillas y pusilánimes: los Alejandro de la pluma van á atacar al enemigo cara á cara, y dónde está el grueso del ejército. No hay que cansarse: los Bércias, los Castejones, los Bermudez, los Gallos, y otra larguísima lista de vivos y sanos, que podía añadir, *son unos rábulas, unos charlatanes, unos papagayos, delirantes y vocingleros,* y pueden aprender otro oficio, porque al fin *há un siglo que nos faltan los predicadores.*

42. *No hay que admirarnos, pues,* (prosigue V. Reverendísima en la pág. xxvii xxviii de su discreto urbano y caritativo Prólogo) *de que entre nosotros no haya predicadores, que hagan conversiones, porque no los hay que formen el proyecto de hacerlas, y aún ellos se ad-*

mirarian, si vieran que alguno se convertia, porque nunca pensaron en intentarlo. Acabáramos con ello, y viva V. Reverendísima mil años, porque nos abre los ojos, que hasta aquí teníamos todos lastimosamente cerrados, ó por lo ménos cubiertos de cataratas. Pensábamos nosotros, que dentro de nuestro siglo, y en nuestros mismos dias los infatigables Garceses, los austerísimos, y celosísimos Hernándezes (Dominicanos), los apostólicos Dutaris y Calatayudes (Jesuitas), los Ilustrísimos Gloris, y los Señores Aldaos, Gonzaleces y Michelenas (del clero secular), habian hecho, y estaban haciendo muchas, y muy portentosas conversiones. Imaginábamos, que este era el único proyecto que se formaban en las continuas excursiones apostólicas, con que corren incansablemente unos por todo el reino de España, y otros por determinados reinos y provincias de la monarquía. Creíamos, que los imitaban en lo mismo otros innumerables misioneros, no de tanto nombre, pero de no inferior celo y espíritu, que andan casi perpétuamente santificando, ya estos, ya aquellos pueblos de nuestra Península. A lo ménos teníamos el consuelo de pensar, que el número sin número de los predicadores Evangélicos, que en tiempo de Cuaresma declaran sangrienta guerra á la ignorancia y al vicio, yéndolos á atacar dentro de sus mismas trincheras, ni formaban otro proyecto, ni tenían otro intento, que el de la conversion de las almas, y que, lejos de admirarse ellos mismos si convirtiesen alguna, se admirarian con más razon sino convirtiesen muchas; pues aunque entre estos últimos, por nuestra desgracia, haya algunos ó sean tambien muchos

que ó no se propongan este fin, ó no acierten con los medios, no se puede negar que los más, ni tienen otro intento, ni se pueden valer de medios más oportunos, atento el génio de la nacion y circunstancias del auditorio. Esto creíamos nosotros, pero gracias á V. Reverendísima, que nos quita la ilusion (bella frase para el castellano que gasta V. Reverendísima); ni los primeros, ni los segundos, ni los terceros, han formado ese proyecto, ni nunca pensaron en intentarlo, porque entre nosotros no hay predicadores que hagan conversiones ni piensen nunca en hacerlas. Vamos claros, ¿en qué medallon del emperador Caracalla estaba distraido V. R. cuando estampó una proposicion tan escandalosa y tan injuriosa á toda nuestra nacion? Pero lo más gracioso, y acaso sin ejemplo, es el ser mendigada, no solo la sentencia, sino es la frase y casi todo el Prólogo del libro que escribió en el idioma del autor, intitulado: Verdadero método de predicar, segun el espíritu del Evangelio, el Ilustrísimo señor Luis Abelly, obispo de Rodas; y porque se haga creible tamaña galanteria, doy la cata: «No debe, pues, causar admiracion haya tan pocos predicadores que conviertan, habiendo tan pocos que formen tan importante designio; ántes bien hay muchos, que justamente se admirarán y mucho (como dice un buen espíritu) si se les mostrase alguno, que se hubiese convertido por sus sermones, pues ellos nunca pensaron en tal cosa.» Hállase á la letra al cap. 7, pág. 28 de la traduccion publicada en Madrid por el P. maestro Medrano, dominicano, año de 1724. No para aquí lo más fino de la supercheria, sino es que así por algunos pasajes, que claramente